

agrarias españolas, ya que, como apostillan los autores, su carácter estrictamente privado confiere a estas fuentes un elevado grado de fiabilidad. Y el libro finaliza con la contribución, en castellano, de José-Miguel Lana, que acredita su larga experiencia en el manejo de esta documentación, la conciencia de sus límites, pero también de sus posibilidades, en especial por lo que atañe a algunas variables relacionadas con los mercados de productos y factores. Una muestra de tales ventajas se hallaría en el estudio de la productividad del trabajo, que analiza apoyándose en diversas contabilidades de propietarios navarros (o radicados

en Navarra). Y, levantando la vista hacia unos horizontes más amplios, Lana conecta las pequeñas historias que encierran estas contabilidades con la reformulación del comportamiento y de los mecanismos explicativos del sector agrario español en estos últimos siglos, en definitiva, con el debatido tema –tópico, en realidad– del atraso de un país situado en la periferia del capitalismo.

Rafael Serrano García

Instituto de Historia Simancas
Universidad de Valladolid

Mercedes Pascual Artiaga y Eva María Trescastro López
El desarrollo del municipio liberal y el reto de la alimentación en el Alicante de la primera mitad del siglo XIX

Alicante, Publicaciones de la Universidad de Alicante, 2013, 210 páginas

Parece una obviedad, pero a veces se olvida: en las sociedades preindustriales, e incluso en el tránsito de éstas a las sociedades modernas, el abastecimiento de alimentos básicos constituía un factor esencial para garantizar la supervivencia y el crecimiento de la población. En este tipo de sociedades, marcadas por la pobreza y los bajos niveles de PIB per cápita, una proporción muy elevada del consumo privado se canalizaba hacia la satisfacción de necesidades básicas, entre ellas, en primer lugar, la alimentación. La persistencia de las crisis de subsistencias y la consiguiente carestía de alimentos provocaba periódicas hambrunas que reducían la población y consumían los excedentes gene-

rados en los años de buenas cosechas. Estas poblaciones, debilitadas por el hambre, eran más vulnerables ante las enfermedades y epidemias, que hacían aumentar una mortalidad ya elevada de por sí. Con el avance del siglo XIX, y como resultado del crecimiento de la producción agraria (ya fuera gracias a un incremento de la superficie cultivada o a una modernización de las técnicas de cultivo y aumento de la productividad), la mayoría de los países europeos occidentales pudieron resolver la creciente tensión provocada por el aumento de población, superior en ocasiones al incremento de la oferta de alimentos. Este proceso discurrió paralelo al desarrollo de una incipiente legislación específica en torno al

control y la salubridad de los alimentos. Sobre esta temática concreta versa el libro *El desarrollo del municipio liberal y el reto de la alimentación en el Alicante de la primera mitad del siglo XIX*, de Mercedes Pascual Artiaga y Eva María Trescastro López.

Tomando como estudio de caso la ciudad de Alicante en la primera mitad del siglo XIX, las autoras, especialistas en el campo de las ciencias de la salud, realizan un análisis exhaustivo no sólo del reto que suponía proporcionar una alimentación suficiente a una población cada vez más creciente, sino también segura desde el punto de vista de la salubridad pública. Para ello analizan los dispositivos legislativos y los recursos humanos que emplearon las autoridades municipales para velar por la calidad y la higiene de los alimentos, con una minuciosa atención a las fuentes primarias y documentales.

Tras una breve presentación que sirve para explicar el origen y el interés de la publicación, la monografía se estructura en cinco capítulos, aunque son los dos últimos los que abordan sucesivamente los aspectos centrales del estudio. El primer capítulo se ocupa de reseñar el contexto histórico en el que se inserta la obra: las décadas finales del siglo XVIII y la primera mitad del siglo XIX, un período convulso caracterizado por la crisis del Antiguo Régimen en España y los inicios del régimen liberal. Como se indica, aquéllos no fueron tiempos de tranquilidad y prosperidad, sino de todo lo contrario. Pese a todos los factores en contra, mediado el siglo, el liberalismo fue echando raíces, aparecieron los primeros partidos propiamente dichos y se

inició la construcción de una Administración moderna. La consolidación del Estado liberal fue, sin embargo, una tarea ardua, que llevó mucho tiempo y siempre se mantuvo en un equilibrio inestable. Partiendo de tales coordenadas y de los tremendos bandazos políticos de la primera mitad del ochocientos, las autoras analizan el impacto que tuvo la llegada del liberalismo en las administraciones locales, evidenciándose lo quebradizo de las estructuras administrativas que dieron cobijo al régimen liberal. La suya era una maquinaria mínima, como limitadas fueron sus funciones: garantizar el marco jurídico y el orden social liberal, la propiedad privada y la libre competencia, aparte de atender, con más sombras que luces, determinados servicios públicos como la educación y la asistencia social, aunque delegados parcialmente en la iniciativa privada.

El capítulo dos, por su parte, describe las características urbanísticas, socioeconómicas y del gobierno local de la ciudad de Alicante en el período de estudio. En Alicante, al igual que aconteciera con otras ciudades del país, la proliferación de barrios mal equipados y la carencia de infraestructuras higiénico-sanitarias básicas caracterizaron el urbanismo de aquellas primeras décadas del siglo XIX. A esta situación contribuyó la crisis económica que experimentó la ciudad en la primera mitad del siglo y que transcurrió en paralelo a la invasión napoleónica, la pérdida del gigantesco imperio colonial –un mercado privilegiado, además de fuente secular de recursos para las arcas del Estado–, la inestabilidad política y la alteración de la di-

námica económica. La crisis económica provocó que la Hacienda local sufriera de insuficiencia de recursos. Esto último condicionó su implicación directa en la transformación urbana y en otros ámbitos de la gestión municipal, como las políticas de salud pública. Alicante inició su despegue económico en el siglo XVIII, y lo hizo en virtud del comercio portuario, con alguna apostilla tímida en la producción artesanal-textil (lino, algodón, cáñamo y esparto). Como el comercio se convirtió en la principal actividad económica de la ciudad, la agricultura local no se orientó hacia el abastecimiento de artículos para la población, que podían ser adquiridos fácilmente a través del tráfico portuario. Esta situación aparentemente ventajosa, debido a su emplazamiento marítimo, sin embargo, no le liberó del embate de las crisis de subsistencias, una de las grandes rémoras de la agricultura tradicional. La baja productividad agrícola y las sequías coyunturales que azotaban a la agricultura comarcal completaban el círculo vicioso, sumiendo con frecuencia a la masa de jornaleros sin tierras en unas condiciones de pobreza.

Tras los dos primeros capítulos introductorios, el tercero, de carácter historiográfico, se dedica a establecer un estado de la cuestión general sobre los estudios históricos y sociales de la alimentación. Esta revisión se justifica porque, como señalan las autoras al comienzo del capítulo, la monografía se inscribe en el marco historiográfico de los *Food Studies*, afrontando tanto aspectos relacionados con la *Food Security*, que abordan el problema de las deficiencias alimentarias en diferentes con-

textos geográficos e históricos (crisis malthusianas, guerras...) y la composición de los alimentos para satisfacer las necesidades dietéticas mínimas, como con la *Food Safety*, que analizan todo lo relativo a la adulteración e insalubridad de los alimentos y su impacto negativo sobre la salud de los consumidores. Aunque el resumen historiográfico es breve (apenas ocupa seis páginas), es exhaustivo, ofreciendo detalles no sólo del estado de la cuestión en sí, sino también del desarrollo intelectual del campo de estudio. Además, servirá de excelente introducción a todos aquellos que por primera vez se acerquen a la temática. El capítulo finaliza describiendo las fuentes de estudio utilizadas: la primera, la documentación de época localizada en el Archivo Municipal de Alicante; la segunda y principal la constituye el *Libro de cabildos* del Ayuntamiento de Alicante, fuente que a menudo contenía aspectos relacionados con la alimentación de la población; en tercer lugar, las series de beneficencia y sanidad, que informaban con frecuencia de aspectos relativos a la insuficiente alimentación que soportaban amplias capas de la población o de aquéllos otros relacionados con el control de la calidad y de su salubridad, entre otros negociados; por último, y en cuarto lugar, destaca el vaciado realizado a los boletines oficiales de la provincia, que proporcionan información de interés sobre la legislación y la regulación alimentaria y datos sobre precios de diversos alimentos en la primera mitad del siglo XIX.

Los capítulos cuatro y cinco, núcleos centrales de la obra, comprenden los prin-

cipales resultados alcanzados. A través del primero se «sintetiza» el corpus normativo estatal y municipal que, durante la primera mitad del siglo XIX, regulaba el control y la salubridad de los alimentos. En España, durante el siglo XIX, la seguridad alimentaria estuvo regulada en primera instancia por los códigos penales. Así, en los códigos de 1787 y 1822 se hacía referencia a la adulteración de alimentos, pero no se especificaba qué debía considerarse una adulteración ni cómo debía implementarse dicha regulación. A través del código de 1848 esta situación comenzó a cambiar, aunque de manera muy gradual. Junto a la legislación estatal destacó la aprobación de numerosas normativas municipales. Dada la incapacidad que mostraba el mercado para evitar el deterioro de la calidad de los alimentos, las administraciones locales se vieron en la obligación de actuar. Su acción en el ámbito de la política alimentaria no fue irrelevante, de modo que aquellos comerciantes y vendedores acostumbrados a hacer y deshacer sin limitaciones se encontraron de pronto constreñidos por una maraña reguladora. El caso de Alicante lo certifica. Las regulaciones se centraron tanto en la producción, distribución y abastecimiento de víveres como en los espacios de venta, las normas que debían regir el comercio, fundamentalmente al por menor, además de, por supuesto, impedir el fraude y controlar la calidad de los alimentos. Esto último entronca con una de las partes más interesantes del capítulo: el engaño y el control higiénico de los alimentos. Al tratarse de la etapa prebacteriológica, eran los «expertos» de la época (veedores, peritos, la

oficina del repeso y del *fielato*) los encargados de velar por la calidad y la higiene de los alimentos. No obstante, y como revelan las autoras, en muchas ocasiones la eficacia del control en la cadena alimentaria pendía según la honestidad o corrupción de estos encargados o del soborno de los grandes mercaderes. El estudio muestra cómo en ocasiones los inspectores ocupados de vigilar la calidad de los alimentos defendían a los grandes comerciantes al por mayor, muchos de los cuales eran regidores en el cabildo municipal (no hay que olvidar que en la ciudad existía un gran número de establecimientos mercantiles que operaban al por mayor a través del comercio portuario). Por el contrario, los vendedores al por menor eran objeto de reiteradas inspecciones y sobre ellos gravitaban toda una serie de impuestos y arbitrios que, en última instancia, encarecían los víveres básicos. El caso de los mataderos y el comercio de la carne lo ejemplifican, sujetos ambos a un exhaustivo control y a unas elevadas cargas fiscales.

La monografía concluye con un capítulo, el quinto, que ofrece una interesante aproximación a las condiciones de nutrición que tenía la población alicantina. Para ello las autoras hacen un análisis de dietas específicas, como las raciones de campaña para el ejército, la dieta de los alumnos del instituto de Enseñanza Secundaria de la ciudad o la de los niños de la Casa de Maternidad, a partir de la información de alimentos que facilitaba el Boletín Oficial de la Provincia. De acuerdo con la documentación disponible y el análisis proteico realizado, los datos sugieren que las desigual-

dades sociales tuvieron su réplica en el estado nutricional. Mientras la dieta de los dos primeros colectivos era, en general, equilibrada y variada, las clases más desfavorecidas sufrían importantes carencias nutricionales. Esta situación de vulnerabilidad alimentaria se agravaba ante situaciones derivadas por la carestía de alimentos básicos, el incremento coyuntural de sus precios y el impacto de las epidemias. Como consecuencia de sus pobres recursos económicos, las instituciones benéficas fueron las más damnificadas por este tipo de situaciones. Éste fue el caso de la Casa de Maternidad de Alicante.

En suma, el estudio de Mercedes Pascual y Eva María Trescastro constituye una bienvenida aportación a la literatura nacional sobre la seguridad alimentaria en la España de la primera mitad de siglo XIX,

época mucho menos cultivada por la historiografía especializada respecto al siglo XX. Con todo, creo que la obra podría haber ganado más en calidad si las autoras hubieran podido presentar algunas comparaciones con otras ciudades similares –españolas o europeas– por el número de habitantes, actividad económica, emplazamiento geográfico (puerto), etc. En cuanto a los aspectos formales, hay partes del trabajo donde el análisis histórico se mezcla en exceso con la «maleza» normativa de la época, afectando a veces a la elegancia discursiva presente en otras secciones. Aunque son detalles que no logran desmerecer la valía historiográfica de la monografía.

Javier Puche

Universidad de Zaragoza

Jordi Planas

Viticultura i cooperativisme. La comarca d'Igualada, 1890-1939

Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 2013, 411 páginas

Según la Confederación General de Cooperativas Agrarias de la Unión Europea, en 2008 las bodegas cooperativas englobaban el 70% del mercado vinícola español, el 80% de los viticultores y el 58% de la superficie total de viñedo del país ibérico (Cogeca, 2010). Este dato nos muestra la importancia que esta forma de empresa ha adquirido en el sector vitivinícola español a lo largo del siglo XX, especialmente como forma de industrialización del sector, herramienta de desarrollo de áreas rurales con pocas alternativas y me-

dio de control de un sector marcado por la crónica sobreproducción, la saturación de los mercados y la caída constante de los precios.

Sin embargo, el movimiento cooperativo español tuvo unos orígenes tardíos con respecto a otros países de Europa. Fue a principios del siglo XX cuando comenzaron a desarrollarse las primeras bodegas cooperativas en el marco de expansión del sindicalismo agrario gracias a la Ley de Sindicatos Agrícolas de 1906. Junto a Valencia o Navarra, Cataluña fue sin duda la zona